

ESA LARGA CICATRIZ

Elena Poniatowska

Decir que la frontera norte, esa larga cicatriz, la más grande del mundo entre dos países, ha sido fuente de inspiración para los escritores, los pintores, los sociólogos es ya un lugar común. La fascinación que ha ejercido a lo largo del tiempo no cesa.

Sin embargo, hoy más que nunca se habla de la frontera por el holocausto de género como llama Sabina Berman al asesinato de más de trescientas setenta mujeres. Al parecer este crimen que lleva más de diez años ha causado mucha más indignación en el resto del mundo que en nuestro propio país. Recordamos todavía cómo, el 24 de noviembre de 2001, José Luis Soberanes, presidente de la Comisión Nacional de Derechos Humanos fue desairado en la Cámara ya que sólo se quedaron a escuchar su informe sobre el caso Juárez cuatro senadores de cuarenta legisladores que debieron asistir a la reunión.

Los familiares no tienen confianza en la justicia y no hay palabras que alivien su dolor porque hasta ahora sólo han tropezado con indiferencia, burla y desaires y la impunidad en Juárez es una vergüenza nacional. México es el único país en el mundo en que más de trescientas setenta mujeres puede ser asesinadas sin que las autoridades logren identificar y sentenciar a los responsables. Habría que añadir que en nuestro país los ataques contra la mujer son constantes. Según datos de la Secretaría de Salud, entre 30 y 70 por ciento de las mujeres mayores de quince años han sufrido violencia física, intimidación y abuso sexual y la violencia de pareja es soportada en proporción abrumadora por las mujeres e infligida por los hombres. El feminicidio y la impunidad en

Chihuahua han hecho que Norma Andrade encabece una asociación que se llama “Nuestras Hijas de Regreso a Casa,” que exige poner fin a la violencia y a los diez años de impunidad en los asesinatos de esta zona. Amnistía Internacional ha registrado 370 homicidios de mujeres de los cuales 137 han sido con violencia sexual. Muchas de ellas, son menores de edad.

/ / /

En la frontera entre México y Estados Unidos pocas heridas cicatrizan, al contrario, la mayoría se infecta y pudre el organismo. Allí, en zonas de contagio, bullen a la más alta temperatura el poder político, el narcotráfico, la violencia, la codicia. Se trata de una franja gangrenada. En ella se estancan rencorosos, desempleados frustrados, los aprendices de todo y oficiales de nada. Juárez es una ciudad tomada por la chatarra, un inmenso cementerio de automóviles. Allí, entre la herrumbre de las salpicaderas, las cajuelas y las portezuelas, tratan de respirar los habitantes. Además del osario del que nos habla Sergio González Rodríguez en su libro *Huesos en el desierto*, se acumula el de ese soberano imbécil que es el automóvil. Ahogados por hierros retorcidos y llantas ponchadas, los extraterrestres (o casi) que viven en esta franja de tierra cumplen con el precepto: “polvo eres y en polvo te convertirás”. Un polvo gris, mortuario, todo lo ensucia, los escasos árboles se cubren de polvo, los cadáveres de más de 300 muchachas se desintegran enterrados en el polvo, el espíritu de 500 desaparecidas se va perdiendo como ánima en pena convertido en polvo.

/ / /

González Rodríguez informa que en el caso de las mujeres asesinadas, la maquiladora, que en un momento trajo a Ciudad Juárez un gran desarrollo industrial y le dio de comer a muchas familias, se ha mantenido al margen de

los crímenes. Sería muy útil para la justicia (si es que existe en Juárez) que los capataces y directivos dijeran quiénes eran sus empleadas muertas, quiénes sus amistades, qué fue lo que hicieron su último día de vida y sobre todo que la empresa instalara un alumbrado público en las colonias cercanas y presionara para obtener vigilancia y seguridad.

En las áreas más pobres no hay alumbrado, muchas de las obreras salen a las tres de la mañana, caminan por callejones oscuros y sin empedrar. No hay seguridad y, como tampoco hay pavimento, las patrullas no suben a esa zona, y por lo tanto es nula la vigilancia. Sin embargo, varias madres de familia han alegado que si por alguna razón iban a llegar tarde, las muchachas hablaban por teléfono y estaban pegadas a la familia. Aunque a Juárez lo han pintado como Sodoma y Gomorra, es una ciudad en la que los sectores campesinos más pobres guardan costumbres arraigadas, cumplen con fiestas y preceptos. La mayoría de las mujeres en Juárez trabaja; son ellas la fuerza que mueve la industria maquiladora, por lo tanto, resulta demasiado fácil tildarlas de prostitutas para así descalificarlas, disminuir el horror de su desaparición y nulificar las averiguaciones.

Como lo dice muy bien la actriz María Rojo: al solicitar mujeres para el trabajo, las maquiladoras invirtieron su papel y las convirtieron en el sustento del hogar. La mayoría de ellas, madres solteras, mantuvieron a sus hijos y, en muchas ocasiones, a sus padres.

/ / /

El problema de las muertas de Juárez es de impunidad y de misoginia.
¿Por qué no hay reacción? ¿Por qué siguen libres los victimarios de las mujeres?

En 1985, después del terremoto del 19 de septiembre, las últimas en ser rescatadas fueron las costureras de las fábricas de San Antonio Abad. ¿Por qué? Porque eran mujeres, trabajaban sin seguro social en talleres clandestinos y las consideraban igual que basura.

/ / /

Nunca el manejo de la información en los medios ha sido tan cruel como en el caso de las muertas de Juárez. La actitud de las autoridades no sólo es de indiferencia, sino denigrante para las muertas y para las familias, como si las mujeres no fueran seres humanos. “Yo tengo un hijo y sentiría horrible que algo le pasara y sentiría más horrible aún que la gente viniera a decirme que mi hijo tenía ‘doble vida’ o que estaba ‘mal de la cabeza’”, me dijo Rohry Benítez, co-autora de *El silencio que la voz de todas quiebra* y gran defensora de las muertas.

/ / /

Entre 1993 y 1998, documentan las autoras de *El silencio que la voz de todas quiebra*, fueron asesinadas 137 mujeres, y en 1999 las muertas fueron quince muchachas de familia, que en promedio tenían quince, dieciséis, diecisiete años. Muchas de ellas eran estudiantes, además de trabajar en maquiladoras, zapaterías, farmacias, o eran secretarías, edecanes, telefonistas, recepcionistas, etcétera. Lo único que las caracterizaba era que provenían de familias de escasos recursos, la mayoría del interior de la República, que buscaron en Ciudad Juárez un mejor nivel de vida.

Rohry Benítez entró en contacto con los familiares que habían conformado agrupaciones como “Nuestras Hijas de Regreso a Casa” y “8 de Marzo,” entre otras. Algunos miembros de estas ONG son padres de niñas de diez

años hoy desaparecidas. Uno de estos casos fue el de una niña de trece años, violada y asesinada en 1999. Al hablar de ella, los periódicos de Ciudad Juárez escribieron: “la mujer”. Dos semanas después el mismo diario difundió que un niño había sido asesinado por un médico negligente en el Seguro Social, y a él lo llamaron “el niño,” pero a ella, por violada, la llamaron “la mujer”.

El Diario y *El Norte de Juárez*, dos de los periódicos de Ciudad Juárez, confinaban el caso de las asesinadas y desaparecidas a la nota roja y a la publicación de fotografías muy agresivas, amarillistas, en primera plana. Ponían en la portada un tacón rojo, dando la imagen de que las mujeres eran prostitutas. En vez de sensibilizar a los lectores, los artículos reforzaban la creencia de que las mujeres son basura, llevan una “doble vida” y, por lo tanto, están expuestas a que las maten. El ex gobernador de Chihuahua Francisco Barrio jamás habló con respeto de las asesinadas ni rindió una sola cuenta a los atribulados familiares.

/ / /

A partir de 1995, Barrio difundió la versión de “mala conducta” de las asesinadas, con el claro objetivo de decir: “las responsables son ellas, por llevar esa vida,” y en vez de esclarecer los crímenes el gobierno gastó millones de pesos en publicar planas enteras denunciando la supuesta doble vida de las muertas. En lugar de dar curso a las investigaciones, el gobierno hizo campañas publicitarias sin ton ni son: “Súbete a tu carro rápidamente”, “Trae las llaves de tu carro siempre a la mano”, “Vomita encima del que intente violarte”, “Lleva un silbato en la mano”, “No te aventures en zonas solitarias”, consejos insultantes, ya que las mujeres que trabajan en maquiladoras no tienen automóvil, ni llaves, ni posibilidades económicas, ni pueden defenderse arrojando un gas lacrimógeno a los ojos del agresor. El resultado de esas campañas fue aterrador. En las discusiones

matrimoniales, el marido enojado solía amenazar: “Si no obedeces, te aviento en el desierto” o “Ya sabes lo que te espera: el desierto.”

/ / /

Como lo informa Sergio González Rodríguez, las muchachas han sido encontradas en terrenos despoblados: estranguladas y algunas de ellas calcinadas. Rohry Benítez y sus compañeras documentaron 137 casos de muchachas enterradas en el polvo, hoy un desierto cubierto de cruces.

Al igual que la película *Señorita Extaviada* de Lourdes Portillo, *Huesos en el desierto* y *El silencio que la voz de todas quiebra* son textos esenciales no sólo por ser extraordinarios, estrujantes documentos, sino por rescatar el modo de vida de algunas mujeres, que además de asesinadas han sido vilipendiadas. Murieron inútilmente, cuando tenían derecho a la vida y querían vivir y reír como las vemos reír y sonreír en fotografía y en el filme. En cambio, fueron torturadas de la manera más bestial por el solo hecho de ser mujeres sin recursos que luchaban por la vida. Algunas llevaban un diario, acostumbraban escribir lo que les pasaba, como en el dramático caso de Eréndira, de quince años, quien dejó consignado en su escrito desde lo que le gustaba comer hasta lo que quería llegar a ser un día. De otras estamos enterados por la voz de sus madres o de sus hermanas, que recuerdan sus anhelos, su entereza. Una niña de trece años denunció a El Tolteca, de la banda de Los Rutereros, quien la atacó sexualmente y la tiró en el desierto creyendo que la había estrangulado, pero ella sobrevivió y lo denunció.

La película de Lourdes Portillo y la de Cristina Michaus, *Desierto de esperanza*, se complementan hoy con las investigaciones de Sergio González Rodríguez y de Rohry Benítez y sus compañeras. Estos dos documentales reviven a las muertas de alguna manera y nos muestran a mujeres casi niñas que tenían una

gran alegría de vivir y fueron importantes no sólo para su familia, sino para nosotros, para la sociedad.

/ / /

Fragmentos de este texto fueron publicados en *La Jornada* (México) los días 26, 27 y 28 de noviembre de 2002, bajo el título “Ciudad Juárez: matadero de mujeres”.

Bibliografía

- Benítez, Rohry, Adriana Candía, Patricia Cabrera, Guadalupe de la Mora, Josefina Martínez, Isabel Velázquez, y Ramona Ortíz. 1999. *El silencio que la voz de todas quiebra: Mujeres y víctimas de Ciudad Juárez*. S. Taller de Narrativa. Chihuahua: Ediciones del Azar.
- González Rodríguez, Sergio. 2002. *Huesos en el desierto*. Barcelona: Editorial Anagrama.
- Michaus, Cristina. 2002. Documental. *Juárez: Desierto de esperanza*. Tenzin Producciones.
- Portillo, Lourdes. 2001. *Señorita Extraviada: Missing Young Woman*. Color video, 74 minutes. Produced by the Independent Television Service (ITVS). Xochitl Films.